

bargo, hay algunos dignos de estima, como por ejemplo, y no nombramos sino los más notables ó populares, Arriaza, agudo, festivo, ingenioso, chispeante; Maury, poeta de orden muy elevado; Solís, más conocido como autor dramático; Burgos, dotado de múltiples aptitudes, y Vargas Ponce, que escribió la ingeniosísima *Proclama de un solterón*.

En este período volvemos á encontrarnos á los representantes y maestros de la novísima escuela sevillana, Reinoso y Lista. El primero se distingue más como prosista, pues no hay en sus versos facilidad ni estro poético, aunque sí corrección y esmero. Mucho le aventaja en este respecto el célebre don Alberto Lista, que, si no llega tampoco á los espacios superiores del arte, es ameno, flúido, flexible y variado. Fruto de un momento de afortunada inspiración, *El himno del desgraciado* es la mejor de las poesías de Lista, por la naturalidad, sencillez y sentimiento sincero que en ella resplandecen. Lista, además, humanista insigne, fué el maestro de casi toda la rica generación que iba á dar tanta gloria á las letras hispanas, como pronto veremos.

El cetro de la escena seguía en tanto en manos de Moratín, que en mil ochocientos seis dió al teatro lo que por muchos títulos se reputa generalmente la mejor de sus comedias, *El sí de las niñas*, cuyo triunfo fué completo en Madrid y en provincias, en las tablas y en la prensa. Irritados los enemigos del ilustre poeta con este brillante triunfo y no sabiendo cómo combatirlo, lo denunciaron á la Inquisición, consiguiendo disgustarle del teatro, para el que solo escribió ya más adelante, y con el intervalo de algunos años, dos traducciones de Moliere, *La Escuela de los maridos* y *El Médico á palos*. Hacia la misma época, Solís (don Dionisio Villanueva y Ochoa) enriquecía el tesoro de nuestro teatro con producciones de bastante mérito, en que se descubre sano instinto dramático, hay en el estilo propiedad y animación, y el lenguaje es limpio y castizo.

Durante la guerra de la Independencia, los poetas y escritores ó imitan á Quintana, compartiendo su entusiasmo entre la patria y la libertad, ó creyendo servir mejor á la primera, se aferran á las antiguas ideas, desechando toda novedad como nociva, ó cayendo en grave yerro, aunque guiados de móviles generosos, se colocan al lado del rey intruso y de los fieros invasores. De cualquier modo, el estrépito de las armas ahoga en aquellos años de constante batallar la apacible voz de las letras, y la pluma y la plabra son armas de combate, como la espada. Es entonces cuando Arriaza y otros, á más de Quintana y Gallego, enardecen el valor de nuestros compatriotas haciendo vibrar en sus liras la cuerda del entusiasmo.

Al desencadenarse sobre España la feroz reacción de mil ochocientos catorce, la literatura, las artes y la ciencias enmudecen casi por completo, y la mayor parte de los poetas y escritores, ó son reclusos en los calabozos, ó se salvan huyendo al extranjero, bajo la acusación de afrancesados los unos y de liberales los demás. Quintana estuvo en prisiones hasta mil ochocientos veinte; á Gallego le confinaron en la Cartuja de Jerez,

desde donde fué trasladado al convento del Loreto, cerca de Sevilla; Maury, Meléndez Valdés y Lista emigraron; Moratín les siguió; Burgos les había precedido. Los pocos patricios de talento, como Reinoso, que escaparon á la odiosa suspicacia del déspota, ó que regresaron á España al cabo de corto tiempo, cual ocurrió con Burgos y Lista, aunaron sus esfuerzos para no dejar perecer, faltas de todo alimento, las patrias letras. Moderados por educación, por temperamento, por espíritu de escuela, estos varones, entre los cuales, además de los mencionados, se hallaban Ceán Bermúdez, Martín Fernando de Navarrete, Gómez Hermosilla, Miñano, González Carvajal y otros, no se atrevieron á acometer sino trabajos intelectuales de naturaleza absolutamente inofensiva, como obras de matemáticas, manuales, traducciones y ensayos de crítica y de arqueología.

Después del segundo período constitucional, cuando la desgraciada España fué víctima del fanatismo brutal de los apostólicos, el ingenio, el saber, la cultura son perseguidos como crímenes de lesa majestad. Hay entonces una emigración casi en masa de políticos, literatos y doctos, refugiándose la mayoría de ellos en Inglaterra, donde Salvá funda su famosa librería, que le granjea justo renombre.

En estos tristísimos años, sobre todo en los primeros, la postración literaria y científica de nuestra patria es aún mayor que de mil ochocientos catorce á mil ochocientos veinte, no estando á cubierto de sospechas ni librándose de malos tratamientos los hombres menos exaltados. El colegio de San Mateo, donde explicaban Lista y Gómez Hermosilla, se cerró á los pocos días de entrar en Madrid los franceses del duque de Angulema, Discípulos de aquellos dos eminentes profesores fundaron una Academia de bellas letras, denominada del *Mirto*. Algunos de los jóvenes que figuraban en este centro, imaginando crear una sociedad secreta política, de carácter liberal, formaron la intitulada de los *Numantinos*. No era esto, en rigor, sino juego de muchachos; pero advertido el receloso gobierno, no lo estimó así, y encerró en la cárcel de corte á siete de los numantinos. La causa seguida contra ellos se desenlazó felizmente; mas, una vez terminada, se expatriaron dos de los procesados, Patricio de la Escosura y Espronceda. Falta la musa lírica de atmósfera en que desplegar sus alas, yacía en triste letargo. La inquisitorial mirada de los gobernantes descubría alusiones facciosas en las frases más inocentes, á tal punto que, habiendo publicado Lista su hermoso *Canto de la Esposa á la resurrección*, hubo quien supo, con malignidad venenosa, que *el duro leño, el esposo y la esposa*, de que se hablaba allí, eran símbolos de la *horca, de Riego y de la patria*. Una vigilancia estrecha, ignorante y arbitraria, reducía el teatro á la impotencia. Ejercía la censura dramática un fraile, el Padre Carrillo, de cuyo carácter da idea la siguiente anécdota, que refiere Ferrer del Río. Condenado en Madrid á sufrir la última pena un tirador de oro por sus opiniones liberales, pisaba ya la explanada de la Puerta de Toledo, donde iban á fusi-

larlo, á tiempo de llegar á todo escape de Aranjuez un guardia de Corps tremolando un pañuelo blanco en señal de indulto. Media hora después del suceso, decía una persona al Padre Carrillo con el natural alborozo: «¡Con que han indultado al rey!—Sí, señor, y ha sido una lástima, porque estaba muy bien preparado para la muerte.» Con un censor así, puede colegirse las angustias que pasarían los autores dramáticos. La frase «angel mío, yo te adoro», era tachada por él como impía; la de «aborrezco la victoria» no se salvaba nunca, por sospechar el fraile si aludiría á su convento. En una tragedia decía un personaje no quedarle más que su espada y el desprecio de la muerte; pues bien, el Padre Carrillo, para apartar de la mente la idea del suicidio, sustituyó dicho verso por este otro: «Me voy, me voy, que estar más aquí no puedo». En fin, negó su aprobación al drama *Don Rodrigo*, de Gil y Zárate, diciendo que, «aunque, en efecto, había habido en el mundo muchos reyes como don Rodrigo, no convenía presentarlo en el teatro tan aficionado á las muchachas.»

Si se quiere encontrar en la época á que nos referimos frutos del ingenio nacional, hay que ir generalmente á buscarlos en tierra extranjera, donde los emigrados contribuyen en mayor ó menor escala á la gloria y cultura de España, aplicando su actividad á trabajos literarios y científicos; publican libros de no corto mérito; estudian los modelos de otras literaturas y las nuevas ideas dominantes en materia de arte, preparándose á hacer renacer las letras patrias. Don Juan María Maury propala en París el conocimiento de la literatura española y pulsa su lira con són armonioso; el marqués de Miraflores, Tapia y Flórez Estrada perfeccionan su educación literaria y se ocupan en trabajos de empeño; Alcalá Galiano atesora conocimientos que después repartirá pródigamente con su mágica palabra; Trueba y Cosío escriben en la misma Inglaterra, en idioma inglés y con aplauso, novelas históricas imitando las de Walter Scott; don José Joaquín de Elora se ensaya con éxito en el mismo género; el conde de Toreno lleva á feliz remate su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*; Martínez de la Rosa cultiva todos los géneros poéticos y literarios; el duque de Rivas, en fin, columbra en su fantasía más amplios horizontes, brotando de su pluma, en la emigración y en la desgracia, las más ricas inspiraciones de su brillante numen.

Algunos años antes de morir Fernando VII y, sobre todo, desde el casamiento de este monarca con doña María Cristina, se inicia un gobierno más humano y tolerante, y los pechos se abren á la esperanza. Entonces resuenan otra vez las liras de Quintana y de Gallego, y los afrancesados y los liberales empiezan á salir de su retiro ó tornan de la emigración, trayendo acendrado caudal de ideas, que el país, ávido de novedades, acoge con deleite. En este punto, la influencia de los liberales es mucho más activa y fecunda que la de los afrancesados, ya por ser éstos gente más fría, tal vez más de doctrina y estudio que de entusiasmo y aliento, ya por haber aquéllos regresado más tarde del

extranjero. La relajación de las ligaduras que oprimían el talento, junto con el ejemplo y los consejos de los proscritos vueltos á la patria, siembran los gérmenes de un florecimiento que reverdece las marchitas galas de nuestra gloriosa literatura, y que, muerto Fernando VII, es el primer fruto de la libertad política por que nuestros padres derraman su sangre en la batalla que libran á los tenaces defensores del absolutismo.

Don Francisco Martínez de la Rosa, ya de antes muy conocido como político y literato, puede decirse que es el eslabón que une la poesía seudo clásica y la romántica en España. Aun siendo indudable que obtuvo más celebridad que la debida como poeta lírico, lo es igualmente que hay siempre en sus versos soltura, amenidad y delicadeza, belleza en la forma y bondad moral en el fondo. En la poesía dramática, su fama descansa sobre más firmes cimientos: sus comedias son muy buenas; su tragedia clásica, *Edipo*, resiste la comparación con las mejores producciones de su género en nuestra patria, y sus dramas históricos le conquistaron merecida popularidad. El titulado *La Conjuración de Venecia*, que se representó en mil ochocientos treinta y cuatro, tiene, á más de su mérito intrínseco, el de haber sido el primer triunfo grande y ruidoso del romanticismo en la escena española. Menos afortunado en otros géneros, que también cultivó, en su obra semi-política, semi-filosófica, denominada *El espíritu del siglo*, remonta muy poco el vuelo, y su novela *Doña Isabel de Solís*, donde aspira á seguir las huellas de Walter Scott, aunque escrita con pulcritud, carece de interés. En cambio, se admiran justamente sus trabajos de crítico y preceptista, resultando en conjunto Martínez de la Rosa una de las figuras más salientes de la moderna literatura española.

Mucho, empero, le aventaja en punto á genio creador y fantasía el duque de Rivas, uno de los poetas más grandes de que podemos ufanarnos. Sus leyendas *El Moro expósito*, *Maldonado*, *El Aniversario*, especie de novelas históricas en verso, son verdaderas joyas literarias; en sus romances históricos no tiene rival, y su grandioso drama, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, abunda en bellezas de toda clase y es modelo acabado del romanticismo castizo. En el prólogo el *Moro expósito*, obra de Alcalá Galiano, se proclaman los principios de esta escuela, revolucionaria por un lado y nacional por otro, en España, donde el romanticismo, en su amplio sentido, no es planta exótica, sino robusto tallo ingerido en el viejo tronco de nuestro romancero y de nuestro teatro en los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo.

El Moro expósito vió la luz pública en París; pero, aun prescindiendo de esto, no es en Castilla, sino en Cataluña, donde primeramente suena en España la palabra romanticismo. Ya antes de mil ochocientos veinte, asoman en Barcelona tendencias de lo que más adelante recibió aquel nombre, y en el período constitucional de los tres años se publicó en aquella ciudad una revista, *Europeo*, en que se mencionó la *Estética* por primera vez en nuestra patria y se insertaron traducciones de Schiller y Byron, con más

algunas leyendas caballerescas. En los últimos tiempos del reinado de Fernando VII, apareció también en Cataluña un insigne poeta, Calanyes, que, siendo clásico á la manera de Andrés Chenier y de Hugo Fóscolo, puede ser contado entre los precursores del romanticismo. Sin embargo, éste se desarrolló principalmente en nuestra patria no por la influencia de Cataluña, sino por las doctrinas que propalaron los emigrados que habían vivido en Inglaterra y por las venidas de Francia.

Las dos tendencias más definidas que se distinguen en el romanticismo cuentan en España con ilustres representantes: en la subjetiva, escéptica, revolucionaria, byroniana, descuella á gran altura sobre todos sus cofrades un vate inspiradísimo, don José Espronceda; en la objetiva, creyente, histórica, romancesca, tradicionalista, no encuentra competidor otro poeta inmortal, don José Zorrilla. El duque de Rivas ocupa lugar propio y aparte.

«..... Hasta donde cabe afirmar algo con certidumbre, atendida la falibilidad humana, escribe don Juan Valera, podemos asegurar que los tres poetas más grandes de nuestro siglo han sido Goethe, Byron y Leopardi. Después de esta afirmación, nos atrevemos á hacer otra, que parecerá muy aventurada á algunos, pero que nosotros consideramos de la mayor evidencia. En Espronceda había el sér, los atributos y las condiciones mentales y de corazón, bastantes para hacer de él un poeta de no menor importancia y valer que los tres antes citados. ¿Llegó lo que estaba en potencia á estar en acto? y perdóneseme el modo de decir algo á la escolástica. ¿El talento y las otras dotes, que el cielo derramó á manos llenas en el alma de Espronceda, fructificaron como debieron? Con harta pena tenemos que confesarlo: no fructificaron. Espronceda hizo lo bastante para demostrar que pudo ser tan grande como Leopardi, como Byron y Goethe; no hizo con todo lo necesario para llegar á serlo.» No se entienda, sin embargo, por estas afirmaciones que, á juicio del eximio crítico y escritor á quien corresponden, haya sido Espronceda un poeta malo grado en el sentido vulgar de la frase. Aunque por la brevedad de su vida y otras circunstancias que el señor Valera expone, no diese de sí el vate extremeño cuanto podía esperarse de sus portentosas facultades, así y todo, el propio señor Valera, no obstanse la justa severidad con que le trata, reconoce que sobresale entre todos los ingenios que florecieron en su tiempo, dejando más luminoso rastro en pos de sí, á pesar de sus extravíos; y si le dirige fuertes cargos, vindícale en gran parte del principal que se le ha hecho, es decir, de no haber sido casi nunca sino un imitador afortunado de otros poetas, de Byron especialmente. La herencia literaria de Espronceda es de por sí bastante rica para acreditarle de gran poeta, no entrando á considerar lo que hubiese podido hacer á vivir más tiempo ó á no mostrar tanto despego, quizás más afectado que real, al estudio y la reflexión. Hasta cuando imita, como, por ejemplo, en el *Canto del cosaco*, en la *Canción del pirata*, en la carta de Elvira, de *El Estudiante de Salamanca*, deja impreso en sus

versos el sello de su genial inspiración. Pero Espronceda no imita siempre, siendo original en *La Serenata* y otras bellísimas composiciones, en *El Estudiante de Salamanca*, fuera de la carta de Elvira que acabamos de citar, y en *El Diablo Mundo*. Las dos últimas son las obras de más empeño de Espronceda. De ellas, la primera es una joya primorosamente cincelada; la segunda, el famoso poema, que no estando concluído no puede juzgarse en su conjunto, si bien es lícito decir que el autor quizás nunca la hubiese terminado, aun habiendo vivido largos años, por lo gigantesco de la idea y la falta de preparación para desarrollarla, contiene los trozos más bellos y magníficos de poesía que hay en castellano y tal vez en lengua alguna: apreciación ésta que no es nuestra, sino del mismo señor Valera, y cuya exactitud se corrobora plenamente con sólo recordar la introducción, el canto de la muerte, el de la inmortalidad y el que dedica á *Teresa*, elegía incomparable, que, no obstante su mucha extensión, no cesa un punto de embelesar y conmover.

De muy otro orden que la de Espronceda es la inspiración de don José Zorrilla: aquel es poeta de su tiempo; éste es, ante todo, poeta de su patria. En él la imaginación sobrepuja extraordinariamente al sentimiento, y épico más bien que lírico, es inimitable en las descripciones y narraciones. Sus versos deslumbran como cascadas de piedras preciosas heridas por el sol. Su fantasía plástica trae á la memoria el objetivo de la cámara fotográfica, donde la imagen se imprime de golpe. Recuerda á Calderón y al Romancero, y no hay entre los modernos ningún poeta tan español como él. En sus composiciones sueltas, en sus admirables leyendas, en sus aplaudidas obras dramáticas, late el alma nacional. *El capitán Montoya*, *El Montero de Espinosa*, *Margarita la Tornera*, muchas de sus *Orientales*, *El zapatero y el rey*, *Don Juan Tenorio*, la poesía intitulada *El reloj* y tantos otros frutos de su privilegiadísimo ingenio, serán admirados y saboreados perpetuamente por los amantes de la bella literatura.

Al lado de los nombrados hay otros poetas en el período que historiamos, también de esclarecido mérito, como don Gabriel García Tassasa, lírico de altos vuelos, vario é inspirado siempre, que merece bastante más que la simple mención que aquí podemos hacer de él; don Nicomedes Pastor Díaz, elegíaco, místico, sentencioso; doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, que une el sentimiento más exquisito, ora profano, ora religioso, al fuego y la energía de la expresión; doña Carolina Coronado, cuya musa es tierna, suave y delicada; Miguel de los Santos Alvarez, humorista é irónico, que escribió poco, pero muy bueno; Enrique Gil, melancólico, soñador é idealista; Campoamor, que entoces empieza á darse á conocer, y muchos más cuyos nombres no caerán en el olvido.

No es sólo en Madrid donde se cultiva la poesía; el entusiasmo romántico cunde á provincias, y en Valencia se da á conocer un poeta de primer orden, Arolas, que casi compete con Zorrilla.